DANIEL SOMOLINOS MADRID

Sus vidas estaban condenadas incluso antes de nacer, de ahí que algunos lo hicieron con malformaciones. Muchos desarrollaron distintos tipos de cáncer, mayoritariamente de tiroides. Otros quedaron huérfanos al poco de

venir al mundo. Pero a todos les unía el mismo desconsuelo por haber nacido en un territorio contaminado, del que sólo unos pocos afortunados han conseguido escapar.

En la noche del 26 de abril de 1986 un fulgor deshizo la noche de Chernóbil. La explosión de su central atómica, considerada el mayor desastre nuclear de la historia, irradió miles de kilómetros a la redonda de un entorno que aún no se ha recuperado. Aquellos que nacieron en los años posteriores a este accidente, en zonas próximas a la localidad, fueron apodados los niños de Chernóbil.

Desde entonces, cientos de estos adolescentes huyen de aquellas tierras enfermas cada año, al menos temporalmente. Los Veranos de la Salud son programas que permiten dar un respiro a la salubridad de estos ucranianos durante los tres meses estivales.

Por lo general, mayoría de niños de Chernóbil vuelven a su país cuando acaba el verano. Y los pocos que consiguen quedarse complican su estancia por culpa del idioma o de una base educativa deficitaria. Pero otros han tenido más suerte. Un exclusivo grupo ha logrado un hito sin precedentes: apenas una decena de ellos se han convertido en universitarios en España.

Una de estas rara avis es Ivanna (Vasylkiv, 1994), estudiante de cuarto curso de Derecho en la Universidad de Navarra. Su amplia sonrisa esconde un amargo pasado en el que fue carne de orfanato tras perder a sus padres cuando tenía tan sólo dos años.

En la actualidad, poco queda de aquella niña que «pasaba mucho hambre y frío» por las noches en aquel hospicio. «Nadie se preocupaba por mí, tan sólo era una más», recuerda Ivanna, quien con cinco años consiguió llegar a España.

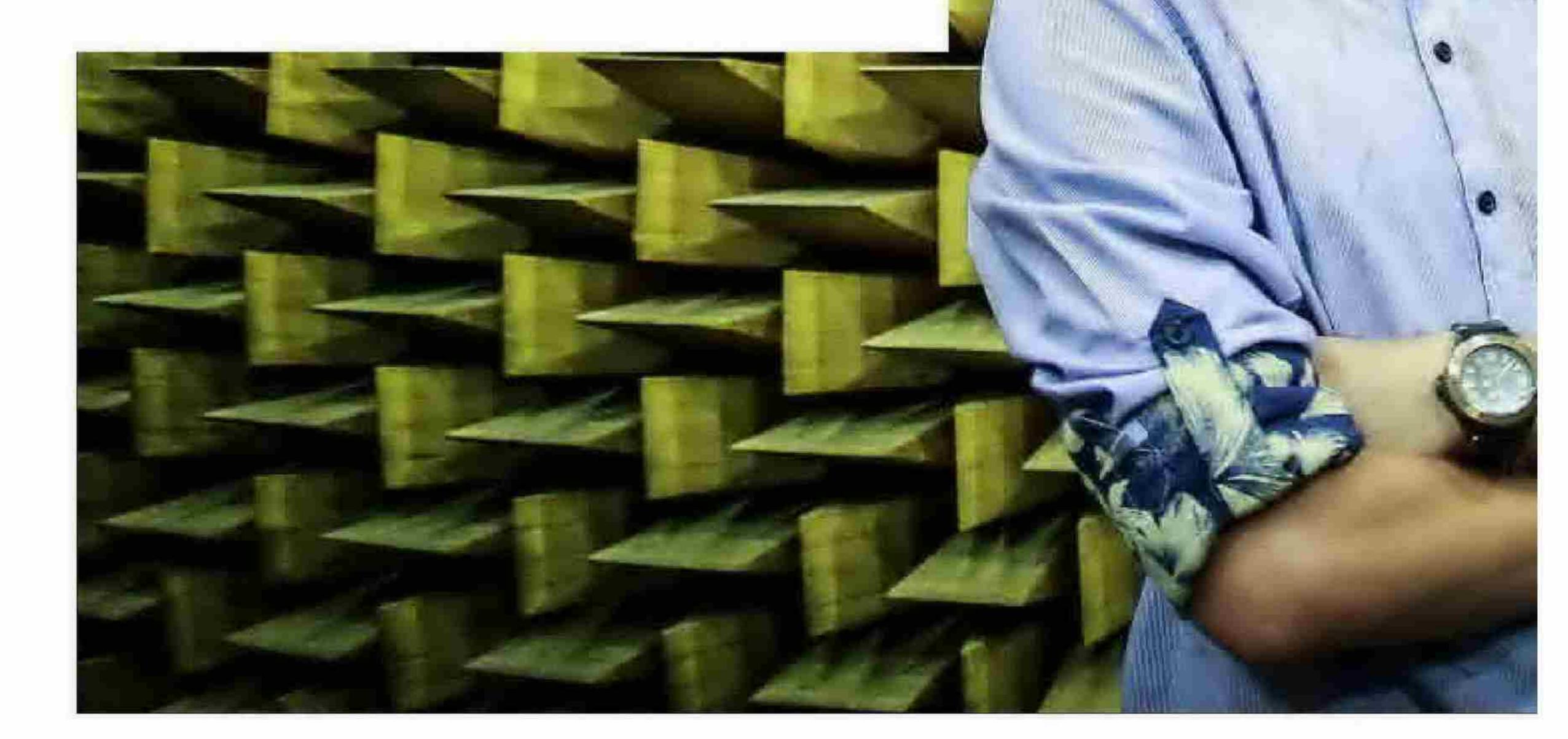
La primera persona que le apadrinó fue Anne Igartiburu, la presentadora de Televisión Española. Con ella pasó su primer Verano de la Salud en nuestro país. «No sabía español. Tampoco recuerdo mucho de aquellos días, sólo que lloraba porque no quería volver. Era consciente de que regresaría al orfanato», explica Ivanna.

En 2003, un giro inesperado cambió, afortunadamente, su porvenir. Juanjo Ruiz y su esposa decidieron adoptarla. Este matrimo-

SOLIDARIDAD

## LOS UNIVERSITARIOS DE CHERNÓBIL

Llegaron a España huyendo de la radiación, como otros miles de niños ucranianos. Algunos se quedaron y ahora cursan estudios superiores



nio resalta la falta de amor que arrastraba la joven cuando vino. De ahí su genio. «El día que se supo hija, cambió totalmente», recuerda su padre adoptivo.

Ivanna aterrizó en España gracias a la Fundación Miguel Vacas, una de las muchas asociaciones que se dedican a poner en contacto a adolescentes ucranianos que viven en zonas cercanas a Chernóbil con padres españoles ávidos de dar y recibir afecto. «El amor también es un bien que estas organizaciones otorgan a los pequeños. Cuando regresan a su país saben que existe alguien que les quiere y les espera. Y esa paz no se paga con ningún dinero del mundo», valora Ruiz.

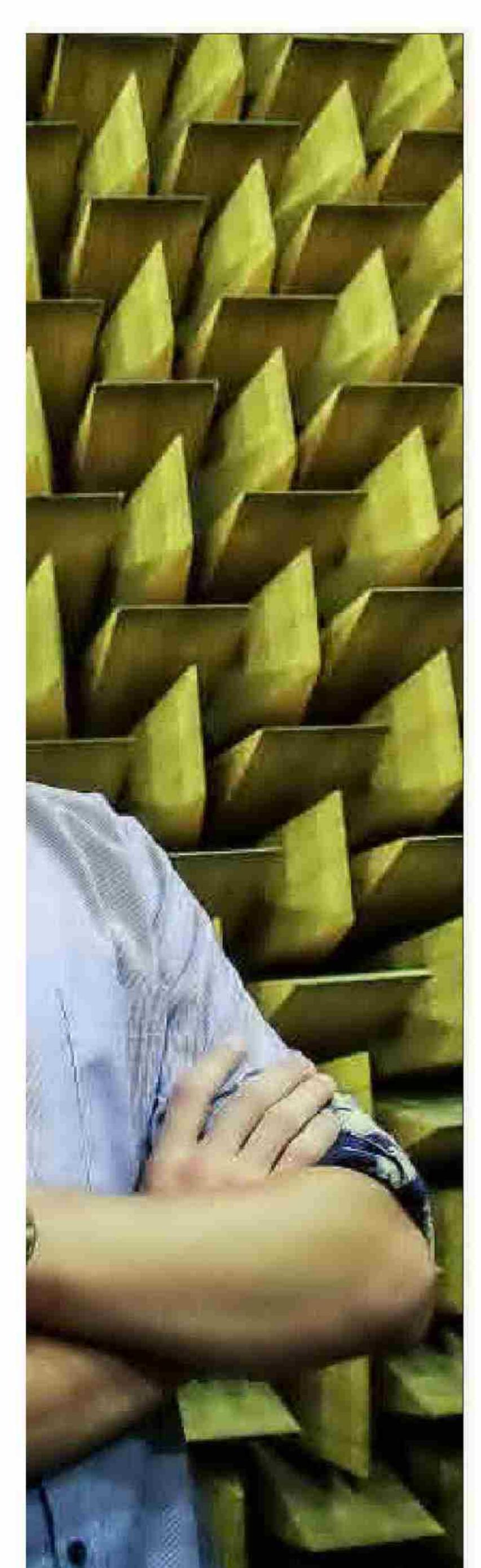
Desde su creación en 1996, la Fundación Miguel Vacas ya ha



'PAUL FUSCO

## LA PRIMAVERA QUE DESHOJÓ A UCRANIA

Más de 190 toneladas de uranio y grafito radiactivo se expandieron por el aire de Chernóbil. Lo llamaron la muerte silenciosa. En los niños y adolescentes del norte de Ucrania se ha registrado una incidencia mil veces superior a la normal en cáncer de tiroides y, en estos 25 años, se han detectado 400.000 jóvenes contaminados por cesio. Pese a que las autoridades del país niegan la gravedad de la situación, de los 600.000 voluntarios que se reclutaron para limpiar el lugar 13.000 han perdido la vida.



ayudado a más de 5.000 niños. «No es sólo la radiación. Muchos de ellos viven en zonas que recuerdan a la España de hace 150 años. Roza el chabolismo. Además, el alcoholismo está muy extendido... ves a madres borrachas las 24 horas del día durante el embarazo», reconoce José Antonio Luna, fundador de esta organización.

Con una preocupación latente, este portavoz destaca la cantidad de malos tratos que reciben algunos de los adolescentes. «Rescatamos a pequeños de cinco o seis años que presentaban quemaduras de cigarrillos en los brazos. Y a otros con abusos inimaginables», relata.

abusos inimaginables», relata.
En concreto, Luna recuerda un
caso en el que trajeron a un niño
que había visto con sus propios

ojos cómo su padre mataba a su madre y, posteriormente, cómo aparecía preso en televisión. «Muchos llegan con terrores nocturnos, traumas que arrastran de sus lugares de origen».

Sin traumas pero con anhelos de prosperar Román (Irpin, 1996),

REALIDADES

A la izquierda,

Universidad de

Valencia. Abajo,

de un niño de

Chernóbil con

un hospital.

JOSÉ CUELLAR

imagen de archivo

cáncer recibiendo

quimioterapia en

**BIEN DISTINTAS** 

Román posa en la

con 10 años, llegó a Castellón, otro niño de Chernóbil. Allí conoció a Javier Guinot, su padre de acogida. Desde entonces, ha repetido todos los veranos.

Al contrario que Ivanna, Román llegó a España por un tema de salubridad, más que por una carencia afectiva. Su ciudad natal se encontraba

muy próxima a la central nuclear, en la zona de influencia de la radiactividad. Lourdes Rubio, vicepresidenta de la ONG Aniuk-CAS, la asociación que le rescató, asegura que pasar tres meses fuera de un ambiente contaminado repercute muy positivamente en la salud de estos jóvenes.

«Al venir aquí, regeneran sus células y se reducen las probabilidades de que desarrollen un cáncer linfático», dice Rubio, que reconoce que muchas guías fidedignas, como la de *Lonely Planet*, recomiendan no comer pescado del río Dniéper, bayas del bosque o lácteos, «alimentos de consumo habitual».

Similar punto de vista comparte Manuel Pedraza, fundador de la Asociación Vallés Obert, quien subraya la precariedad de la sanidad ucraniana. «Al hospital debes llevarte tus propias sábanas, tu propia comida, pagarte las medicinas...», explica Pedraza, achacando a la invisibilidad el mayor peligro de la radiación.

«Ves bosques frondosos y animales que parecen sanos, pero la realidad es bien distinta. Las vacas se alimentan de plantas contaminadas, por lo que su leche también lo estará. Incluso en el río Dniéper los siluros son de dos o tres metros..., cuando en España miden 40 centímetros. Si te caes al río te comerían como si fuesen tiburones», añade.

Fue la Asociación Vallés Obert la que llevó a Maryna (Ivankiv, 1987) a Barcelona con nueve años. En la actualidad trabaja en una multinacional tras haberse licenciado en Farmacia en la Ciudad Condal. «Mi localidad está a 60 kilómetros de Chernóbil. Los residentes de la zona son conscientes de la radiación. Saben perfectamente que los campos donde cosechan sus plantíos están corrompidos, pero no tienen poder económico para hacer otra cosa. Es necesidad», asume esta ucraniana.

La de Maryna, al igual que la de Román o la de Ivanna, es una vida que regateó a un destino incierto. Ejemplos de superación a los que el azar les regaló una oportunidad de ser quien ellos querían ser, y no quienes el entorno quería que fuesen.